

huatl, lengua que se formó en Nicaragua después de sometido el país a los españoles, y acompañada de la traducción inglesa y de interesantísimas anotaciones, esta singular y preciosa obra centroamericana ocupa el tercer tomo de la *Biblioteca de Literatura Original de América* editada por Britton, en Filadelfia, a mediados del siglo pasado. Hoy la recuerdo porque el señor Moncada (José María), que hace de presidente del yanqui en Nicaragua, mi patria, está dando una representación a todo trapo, con el mundo de público, del ballet del *Macho-Ratón*, en la que él hace de Güegüence y el comandante de los marinos norteamericanos de Gobernador Tastuanes.

En el fondo de esta vasta farsa, quien se asome detrás de las bambalinas verá a Nicaragua muequeando en agonía. Haga el espectador a un lado los «boletines» que reparten a la prensa de Centroamérica los agentes asalariados, casi todos extranjeros, del actual Güengüence de Nicaragua, y verá, más allá de ese escenario vistoso y aún fastuoso, el dolor de mi tierra desolada.

Acaba de publicar la prensa de Costa Rica el mensaje que Moncada (José María) ha tenido el atrevimiento cómico, muy güegüencico, de enviar al coro de ballet que en Nicaragua se llama Congreso Nacional. Se habla allí de más palacios que los que hubo en Troya, «cuyas torres altísimas se perdían en las nubes», y de tántos ferrocarriles y de tántas carreteras, que, quien conozca la extensión territorial de Nicaragua, pensará que ya no queda allí lugar en donde crezca zacatillo para los bueyes de los pobres, porque lo impide tan espesa ramificación de vías de acero y caminos de asfalto... ¡Y todo es como los tesoros del Macho-Ratón: Falsedad que pasma de tan falsa y que mueve a risa por su desmedido empeño de grandeza!

¿Habrá hecho el gobierno de Moncada un mediano trazo siquiera de la carretera al Atlántico? El Güegüence la da por terminada ya. ¡Y no existe sino que en su embustera fantasía!

Del ferrocarril de León al Sauce, en más de un año de trabajo, el gobierno de Moncada no ha hecho más que colocar doce millas de rieles viejos sobre durmientes donados por sus aduladores de León. Allí no hay problema de ingeniería ninguno. El problema, admirablemente resuelto por el Güegüence, es hacer que hace; y la obra realizada es de menos de una milla por mes.

Del ferrocarril de San Jorge a San Juan del Sur no hay más que mapas. No se ha dado una palada. No se ha colocado un durmiente. No se ha clavado un riel. Eso sí, semanalmente, lo mismo que en la línea León-Sauce, los privados del Güegüence reciben para el pago de obreros inexistentes. Como en la locura de Hamlet, en la farsantería del Güegüence «hay método.»

El Güegüence habla de economías. Para hacerlas, echa mano al fácil y cruel recurso de rebajar sueldos. Son sólo los salarios de los infelices empleados públicos, que no de los afortunados funcionarios de la República. Así, no habrá reducción de las escandalosas canongías

de que disfrutaban los rufianes que forman la corte del Güegüence, ni los emolumentos de los coristas que en el exterior reparten «boletines».

No habrá tampoco disminución de los sueldos que de la tesorería de Nicaragua, sudor del pueblo, perciben los marinos norteamericanos que hacen de oficialidad de la llamada Guardia Nacional, y que mantienen al Güegüence en el poder. Mr. Carlos Thomson, secretario en la América latina de *The Fellowship of Reconciliation*, proba organización norteamericana, ha hecho público que hay marinos de estos en Nicaragua que ganan hasta siete mil dólares al año. El que menos gana tiene sueldo fijo de ciento treinta dólares al mes, además de su sueldo norteamericano de cuarenta y tres dólares setenta y cinco centavos; y goza exención de derechos de importación, de lo que se valen muchos para introducir al país desde el tabaco que fuman hasta el automóvil con que impunemente arrojan al infeliz peatón nicaragüense.

En cambio, las economías del Güegüence afectan al miserable salario de doce dólares mensuales, por siete horas de trabajo diario, de los desgraciados maestros de escuela de Nicaragua. A estos maestros se les debe siempre, adrede, un retraso de sueldos de un año; retraso que los privados del Güegüence compran con inmisericordes descuentos para hacérselos pagar íntegros en la tesorería «de orden del presidente de la República...» En Costa Rica, noble y cuerdo país que sabe considerar a sus maestros, se puede alcanzar a comprender bien semejante infamia.

Las economías que el Güegüence afirma que se imponen, para seguir sin tregua tendiendo una mísera milla de rieles viejos por mes, no afectan tampoco el salario de nueve mil dólares mensuales que el Güegüence se ha asignado, ni reza con los enormes *gastos privados* de la Casa Presidencial donde cotidianamente se observan con gran pompa los ritos báquicos que abren el apetito y preparan para las orgías de Afrodita...

Y mientras el Güegüence sueña en una mansión presidencial ya que cuesta seiscientos mil dólares; mientras lanza a los cuatro vientos ditirambos que huelen a la viuda Cliccoq, alabándose de

derrochar los dineros del pueblo en orientales lujos para sí mismo, la ciudad de Chinandega continúa en escombros y, en el Norte de Nicaragua, millares de familias están sin techo, a la intemperie y hambrientas, en reconcentraciones inicuas en que mueren los niños por centenares, calculándose que el noventa y seis de las criaturas menores de cuatro años de esa región ha perecido. El Güegüence calza sus puntos de Herodes. ¿No es acaso tetrarca que el conquistador ha entronizado?

En Managua puede verse el Instituto Central, y casi todas las casas de escuelas nacionales, al caerse, faltos de reparación. La crisis económica por que atraviesa el mundo, ha azotado con mayor fuerza que a ningún otro país del continente a Nicaragua, que aún es víctima de la más desastrosa de las guerras. La República entera aúlla de hambre. Pero el Güegüence, encantado con hacer los desplantes de tiranuelo ruín que le tolera el Tastuanes yanqui; encantado con ejercer venganzas ruines; encantado con hacer vida de desenfreno moral ilimitado, para acallar el grito de angustia de sus víctimas, para engañar con ilusorias obras de progreso al mundo de afuera, abre grande la boca de máscara de comedia y habla de palacios, de carreteras, de ferrocarriles...

Hablándome de Moncada (José María), a quién trató lo bastante para conocerlo a fondo, el senador de los Estados Unidos, Burton K. Wheeler, empleó una frase en inglés que comienza con *son...* Era a principios de este año, en Washington, en su oficina privada en el Anexo del Senado, del Capitolio. Estaba presente Mr. Benjamín Marsh, secretario de *The People's Lobby*.

—No, *my dear Senator*, le dije. Mr. Moncada no es precisamente eso: Es el Güegüence.

Y al explicarle la comedia hispano-náhuatl, el legislador gringo más comprendedor de nuestros asuntos y más dispuesto a esforzarse por nosotros exclamó:

—¡Con que el Gobernador Tastuanes acabó echando fuera de escena a palos al Güegüence! ¡Maguífica comedia!... Y reía.

### Salomón de la Selva

San José, Costa Rica, setiembre del 30.

## Estampas De Chile han vuelto...

=Colaboración directa=

De Chile han vuelto, expulsados de la Universidad intervenida por la dictadura gobernante, tres estudiantes costarricenses. Son estudiantes de honor, que es decir de espíritu fuerte y fecundo para las decisiones constructivas y ejemplares. No pudo la tiranía envilecer estas vidas y con su ojo torvo las vió merecedoras del castigo infamante.

Hay en la vida de Percy Bysshe Shelley un suceso luminoso al cual aso-

ciamos espontáneamente el de los estudiantes costarricenses. Lo leemos en Maurois, el biógrafo sutil y penetrante de las vidas inglesas que sorprende llenas de majestad. Es suceso que conmueve por la enseñanza que difunde. Como estudiante de Oxford, Shelley fué un día considerado rebelde y funesto. Acababa de publicar un panfleto, *La Necesidad del Ateísmo*, que los guardianes de Oxford calificaron de irreverente y peligroso. El